

# EL TÉ DE LA MUERTE

10

EDITH HOWIE



COLECCION

Rastros

Tras tres años de matrimonio Kit convence a su marido, Shawn Cosgraeve, un irlandés temperamental, escritor de novelas de misterio, para que hagan una visita a su ciudad natal, Nashiona. Mientras se encuentran allí se suceden una serie de muertes que tienen desconcertados a los policías locales. El problema de Kit es que todos los sospechosos son o amigos suyos o sus maridos y esposas. Sin embargo pronto descubre que sus antiguos conocidos ya no lo son tanto y a uno de ellos, el asesino, no le conoce en absoluto.

# EL TÉ DE LA MUERTE

Edith Howie

## CAPÍTULO I

Sé muy bien que el comienzo de esta historia parecerá lamentablemente moderado, si se tienen en cuenta los métodos más corrientes usados en las novelas de misterio. Probablemente es culpa mía. Sin duda hubiera debido experimentar esas emanaciones físicas —presentimientos de desgracia— carne de gallina en los brazos y hombros—, una aversión definitiva, pero irracional, contra alguna persona que, en el capítulo final, probará no ser el asesino.

Pero nada experimenté. En ningún momento. Ni tengo excusa alguna por mi negligencia. Antes del almuerzo estuve demasiado entretenida poniéndome mi mejor vestido negro, que si bien no habría causado sensación en Nueva York desencadenaría una ola de animosidad en mi ciudad natal, para preocuparme por asesinatos en potencia y muertes misteriosas. Pues en ese entonces Nashiona era una pequeña ciudad del oeste, que no sabía de asesinatos. No es de ese tipo de ciudad.

Además, Shawn, estaba enfadado. Shawn es mi marido; un moreno irlandés, de un metro y ochenta, a quien adoro. Bravo como un halcón, y sujeto a enfados, propios de su raza, hacían que la vida con él fuera una grandiosa y complicada excitación; era a la vez mi justificación y mi excusa por haber regresado a Nashiona. Seis años antes había partido de Nashiona confiando en hacerme de un nombre en el mundo musical. Pronto me habían desilusionado. A pesar de haber sido algo así como un prodigio, una alumna a quien presentaba con orgullo el principal pianista de la ciu-

dad, no tardé en descubrir que había centenares como yo en el este, chicas de brillante talento en sus hogares, cuyo brillo pronto se revelaba falso al ser comparado con los verdaderos valores.

Luego, antes de haberme desilusionado, al punto de confesar mi fracaso buscando un empleo —algo con que pagar mi pensión, por cuanto no tenía intención de regresar a mi casa—, encontré a Shawn.

Nuestro encuentro en una librería de ocasión, donde ambos tratábamos de comprar una despedazada copia de «Montrose», de Buchan, fue bastante ridículo. Como el comercio tenía ese solo ejemplar —las observaciones de Shawn sobre este hecho eran en extremo acerbas—, el propietario estaba desesperado. Y yo estaba irritada. No tenía idea de quién podía ser ese joven arrogante, y tampoco me importaba. El Gran Marqués había sido durante mucho tiempo una de mis más caras pasiones. Durante años había leído toda palabra concerniente a él que me era posible encontrar, y ahora que tenía su biografía legítimamente entre mis manos no tenía la menor intención de dejársela a otro pretendiente, al menos no sin resistencia. De modo que me aferré obstinadamente a mi libro mientras Shawn renegaba a más no poder y el propietario se estrujaba las manos, sugiriendo para uno de nosotros un hermoso ejemplar de la «Odisea», la traducción de Lawrence, sin marcas y prácticamente nueva.

—¡Al diablo con la «Odisea»! —dijo Shawn, y para ser equitativo, agregó—: Y con Lawrence también.

Algo en su franca manera de decirlo hizo que sintiese yo simpatía hacia él, pero lo mismo me aferraba al libro.

—Si no fuera por Montrose... —comencé.

Me dirigió una melancólica mirada.

—Entonces no me interesaría —dijo, y al pronunciar las últimas palabras, su voz descendió una octava, haciéndose profunda y tierna y de una dulzura que no hubiera creído posible en la voz de un hombre.

—Tal vez si me lo prestara... —dije vacilante.

—¿Prestárselo? —dijo Shawn, y su voz se aclaró—. Haré más: se lo prometo.

Tiró un dólar al propietario de la librería, se negó a recibir el cambio y a dejarse envolver el libro, y luego, tomándome del codo con mano firme, me sacó del lugar.

—No se eche hacia atrás —me conjuró—. No la estoy raptando. Se me ocurrió que podríamos celebrar «nuestro pequeño convenio» sobre este «compañero» con una taza de té y...

Hasta un mes más tarde no aprendí lo que era su «pequeño convenio», incluso matrimonial, pero entonces ya estaba enamorada y no me importaba. Podía tener hasta a Montrose, y yo muy contenta, pues ya poseía mi corazón.

Así ocurrió que con mi casamiento pude salvar las apariencias ante los habitantes de Nashiona, aunque no comprendí esa posibilidad sino algunas semanas después de haberme convertido en la señora Shawn Cosgraeve. Fue la carta de tía Alida la que me hizo comprender. «Naturalmente, nos alegramos, querida, de que seas feliz, y estamos seguros de que tu esposo es todo lo que dices de él, pero, no obstante, aquellos que han amado tu música no pueden sino lamentar que hayas sido incitada a subordinar tu propio futuro al de tu esposo, lo que, naturalmente, será el resultado de tal matrimonio».

Puse la carta a un lado con un suspiro de impaciencia; impaciencia por mi inhabilidad para explicar las posibilidades de *bumerang* que mi carrera había tenido. Así escribí liasonjeramente que nunca descuidaría mi música, pero como Shawn era anticuado y prefería que solo tocara para él, dependía al presente de su juicio.

Dije que Shawn era un moreno irlandés de Ulster y del norte de Irlanda. Lo que no he dicho es que con todo derecho era una celebridad. A los veintiocho años era autor de seis libros, cuatro de los cuales figuraban en las listas internacionales de los libros de más venta. Por lo demás, es al-

to, delgado y rudo, siempre en las mejores condiciones físicas, y espiritualmente de grandes alturas o profundidades. Shawn no hace las cosas a medias. Invariablemente da las doce, mediodía o medianoche.

Esa es una de las razones por las cuales creo que de haberse producido uno de los llamados fenómenos físicos el día del almuerzo en el Club Femenino, Shawn, mejor que yo lo habría previsto. El gaélico está facultado por la naturaleza para percibir visiones y sonidos que el resto de los mortales no alcanza a comprender. Y por tener esa naturaleza es, asimismo, presa de esas otras cosas aún menos tangibles, como la intuición, la sospecha y ese presentimiento que llamamos prevención.

Pero Shawn, según su propia confesión, no experimentó nada de eso. «¡Por Dios, no!» —dijo con vehemencia cuando le pregunté—. «Te digo que todo el asunto me aburría, me aburría mortalmente...».

Se detuvo. La palabra «muerte» no era muy popular aquella tarde. Y durante muchas tardes más.

—¿Entonces no notaste nada? ¿Nada que pueda ayudar? —lo apremié.

Me miró y se encogió de hombros.

—Nada. Anda, Kit, ¿quieres? Necesito pensar.

«Eso, hijo —me dije a mí misma al irme—, es una de las cosas más ciertas que has dicho en tu vida».

Pero todo esto ocurrió después, y lo que importa es lo que ha sucedido antes.

Shawn y yo llevábamos ya casados tres años antes de que pudiese persuadirlo a ir a Nashiona. El hecho de que yo había vivido en esa ciudad, de que tenía aún allí amigos y parientes, no pareció impresionarlo.

—¿Te fuiste, no es así? —inquirió—. Lo que es suficiente comentario sobre sus atracciones, si me preguntas a mí.

—No te estoy preguntando —dije mortificada—. Nunca necesito preguntarte. Siempre me dices las cosas por ti

mismo. Pero si no juzgas razonable que tenga deseos de volver, y presentar a mi perfecto marido...

No tan sin razón, Shawn consintió, después de algunas objeciones, si se consideraba el marido que yo tenía que presentar. Mirado desde ese punto de vista...

—Shawn, eres un idiota —le dije—. Sabes muy bien que no tienes una excusa que valga la pena. Siempre estás con tus libros. Lo único que importa ahora es partir antes que empieces algo nuevo. Escribiré a tía Lide que estaremos allí el primero.

Y lo hice. Creo que la noticia, de inmediato esparcida entre nuestros diarios locales, causó sensación, y era natural. Nashiona raras veces tenía oportunidad de recibir a un verdadero escritor, y especialmente uno que no pasaba de largo, sino que permanecería allí por algún tiempo. «Una semana» —dije a tía Lide promisoriamente—, pero para mí misma pensé que si Shawn resistía cuatro días...

Sin embargo, Shawn, viendo que la cosa era inevitable, y habiéndose comprometido a ello, se portó como un ángel. Ni siquiera la perspectiva de un largo día de espera en Chicago —una ciudad que detestaba cordialmente— pudo turbar la serenidad de su espíritu. Y tampoco la última etapa de nuestro viaje, efectuada en un coche diurno, pudo perturbar su calma. Solo por momentos, siendo inclinado al mareo, palideció un poco, pero eso fue todo.

Mas, cuando finalmente entramos en la estación de Nashiona, entre los estridentes silbidos de la locomotora, y hubo visto la multitud en el andén, se rebeló definitivamente. Apuntó con el dedo hacia la ventanilla y preguntó:

—En nombre de Dios, ¿qué es esto?

Vi rosetas blancas y doradas en las solapas de varios sobretodos masculinos, y contuve un gemido.

—Es, probablemente, un comité del Club Comercial.

Shawn frunció la nariz.

—¿Club Comercial, dijiste? ¿Y qué estarán haciendo aquí? No creo que la llegada de nuestro tren sea digna de

que se cierren las escuelas.

Lo interrumpí angustiada.

—Querido —dije débilmente—, temo que estén aquí para darte la bienvenida.

—¡A mí! —dijo Shawn, con tono ultrajado—. ¡Para darme la bienvenida a mí! Por las barbas del profeta...

Pero en ese momento dejé de escuchar porque habíamos llegado al estribo y vi a tía Lide esperando.

Shawn continuó siendo encantador. Sabiendo de qué insolencias era capaz me sentí orgullosa de él. Fue tan gentil con tía Lide, que ella lo besó espontáneamente y me perdonó a mí el haber abandonado mi problemática carrera musical. Trató al comité del Club Comercial como convenía, agradeciendo modestamente que hombres tan ocupados se hubieran tomado tiempo para recibirlo a él. Enfrentó a los periodistas de nuestros dos diarios con un halagador grado de camaradería, y hasta posó con agrado para el importante personaje que hacía películas locales, como también para dos aficionados que surgieron de varias partes.

Fue en nuestro dormitorio cuando explotó, pero suavemente, para que tía Lide —por quién parecía sentir ya cierto afecto— no le oyera. Tuvo la gentileza de esperar hasta que los pasos de la anciana dama se perdieran al bajar la escalera antes que sus manos de hierro se cerraran sobre mis brazos...

—Juro ante Dios, Kit, que si por un momento hubiera pensado...

Liberé una mano y se la puse sobre los labios.

—No lo digas, querido. Te vas a arrepentir. Siempre te arrepientes. ¿Es que no comprendes? Es que son muy amables. Eres algo excepcional para ellos, un símbolo de perfección.

Su tensión aflojó. Besó mis dedos.

—Es una tonta mi nena.

—Pero una que tiene éxito —dije—. Además... —dudé por un momento, tratando de decidir cuál era la mejor ma-

nera de abordar el asunto.

Me estaba observando desconfiadamente.

—Vamos —dijo con impaciencia—. ¿De qué se trata?

—Nada —respondí—. Solo temo que tía Lide haya prometido que tú... ¡No me mires así, Shawn Cosgraeve! Por mi parte no lo hubiera hecho, y de haber sabido...

A duras penas se contenía. Su voz se hizo tensa y sus ojos empezaron a centellear. Avanzó un paso.

—Deja de contarme lo que no hubieras hecho. ¿Que se ha prometido?

—Que vas a pronunciar un discurso en el Club Femenino mañana —dije, y luego hui tapándome los oídos.

La tormenta se desencadenó con furia durante todo el tiempo que nos vestíamos para el almuerzo, pero ya se había calmado cuando bajamos a la sala donde tía Lide nos ofreció una copa de jerez, disculpándose por la falta de cocktails que, seguramente, debíamos extrañar. Shawn, otra vez de excelente humor, negó todo interés por los cocktails, alabó el jerez y se mostró cortésmente interesado por el papel que debía hacer al siguiente día. Naturalmente, hablaría en el Club Femenino, y con mucho gusto, aunque un escritor de novelas policiales no tenía muchas cosas que decir y que pudieran interesarles...

—Cualquier cosa les interesará —dijo tía Lide firmemente y con cierta seriedad—. Dónde concibes tus proyectos, cómo escribes, cuándo y bajo qué condiciones, cómo vendiste tu primer libro y por qué te dedicas a cuentos policiales en lugar de escribir novelas corrientes, y si alguna vez trabajaste con la policía...

—Lo que nunca hice —dijo Shawn con firmeza.

Hubiera jurado que tía Lide parecía contrariada.

—Pero seguramente tan íntimo conocimiento de procedimientos policiales...

—Bluff —contestó Shawn con aplomo, hablando el pintoresco inglés que acostumbra usar cuando predomina su buen humor—. Puro bluff, se lo aseguro. Policías, ni siquiera

ra conozco a uno. Solo tuve contacto con esa gente cuando conducía mi coche a más velocidad que la que permitían sus necias limitaciones.

Tía Lide le dirigió una mirada dudosa.

—Aquí, en estos lugares —dijo vagamente—, no tenemos muchos asesinatos; apenas uno que otro, en verdad. Aquella infeliz muchacha de Lower Town..., después, ese hombre que sacaron del río, a quien habían robado trescientos dólares, y el joven que disparó un tiro a su novia cuando supo que iba a tener un bebé..., mas son excepciones. Pero en Nueva York, donde diariamente ocurren tantos asesinatos...

Los blancos dientes de Shawn relucieron en su rostro bronceado.

—Lamento tener que desilusionarla —dijo—. Sin embargo, es la verdad. Mis asesinatos son invenciones y mis conocimientos de los actuales procedimientos policiales son prácticamente nulos. Así que si quiere creerlo..., y, por supuesto, es estrictamente confidencial.

Al hablar miró por encima de su hombro como temiendo que alguien lo oyera. Lo miré medio enojada y medio divertida. Shawn siempre encontraba un excelente pretexto.

—Nunca me vi frente a un cadáver. —Se corrigió al instante y agregó pensativo—: Me refiero a uno asesinado.

En ese momento ocurrió la única manifestación que cabe señalar. Y hasta esa era poco satisfactoria debido a la vaguedad de las reacciones personales de Shawn.

—Supongo que si creyera en esa clase de estupideces diría que fue un presentimiento, un aviso del más allá. Solo que no creo en esas cosas, ni pienso hacerlo tampoco.

Tuve paciencia y dije:

—¿Qué es lo que no crees? Realmente, querido...

Pero Shawn permaneció grave e impasible. Considerando que esa conversación tuvo lugar un día después del asesinato, hacía bien en conservar la calma. Ahora, al oír mis

palabras, se levantó de un salto y empezó a pasear por la habitación.

—Fue una sensación endemoniada —admitió con franqueza—. Justo en el momento cuando decía que jamás había visto una persona asesinada, lo experimenté. Una especie de punzada en mis pulgares, como las brujas de Macbeth: «Algo pernicioso viene por este camino».

Sentí que el horror me cerraba la garganta. Esa sensación me ahogaba al punto de que las palabras que musité parecían una especie de graznido:

—No digas eso, Shawn, no debes.

Se detuvo y me miró con curiosidad.

—¿Por qué no?

—¿No recuerdas lo que sucedió justo cuando sonó el timbre?

Silbó entre dientes.

—¡Por Dios, sí! Y aquellos otros entraron para almorzar. La señora Phillips estaba entre ellos, ¿no es así? Y ahora está muerta y..., ¡Dios mío, Kit! Si hubiera algo en eso, sí podría confiar en que «algo pernicioso viene por este camino».

—No puedes —dije obstinadamente—. Chatty Phillips estaba muerta, sí, no era posible negarlo. Asesinada, puesto que la policía decía eso. Pero no por alguno de aquellos mis amigos.

Shawn me observaba de cerca.

—No —dijo lentamente—. Tienes razón. Está claro que tienes razón. No podría ser.

Nada contesté. No pude. Pero ambos sabíamos que mentía. Porque de todo Nashiona aquellos que habían tenido más motivo para odiar a Chatty y desear su muerte habían sido los que estuvieron en la puerta aquella noche.

«Algo pernicioso viene por este camino». Me estremecí.

—No —dije en voz alta, como para alentarme a mí misma—, no fueron ellos, no fue ninguno de ellos.

Shawn, clemente, no replicó.

## CAPÍTULO II

Es extraño cuán vago puede ser el recuerdo de un acontecimiento tan reciente como «anoche». Recuerdo el estridente sonido del timbre, a Shawn frunciendo sus negras cejas, a manera de pregunta, y a tía Lide juntando precipitadamente los vasos de jerez.

—Es que no desearía, querida, que los otros sepan que estaba sirviendo aperitivos antes del almuerzo.

Dirigió a Shawn una mirada apologetica antes de salir con los vasos delatores. En Nashiona, la prohibición del alcohol tenía aún una importancia capital.

También yo miré a Shawn, pero con dudas. Para él cualquier cuestión, alcohólica o no, que tenga el menor sabor a restricción, es quisquillosa. Posee convicciones e invariablemente las expone sin tener en cuenta la hora y el lugar. Pero esa noche solo se rio un poco, observando a tía Lide que desapareció hacia la cocina.

—Me gusta esto —anunció—. Imaginarse que a otros pueda importarles si uno sirve, ¿qué fue?, aperitivos... ¿Puedes llamar a esto un aperitivo? Fue jerez podrido.

Suspiré. Por naturaleza, Shawn no puede ser cortés por mucho tiempo. Y, además, tenía razón, había sido jerez, pero malo. Sin embargo dije censurando:

—No puedes esperar que tía Lide conozca las diferentes clases de vinos, aun cuando pudiese distinguirlos la droguería.

—¿Droguería? —dijo Shawn con voz ahogada.

Asentí.

—Difícilmente entraría en un bar a pesar de que ahora los llaman tabernas. Y así es el viejo señor Donovan de la droguería...

—Lo que explica el asunto mejor de lo que podrías hacerlo tú —dijo Shawn reconciliado.

Inquieto, caminaba por la habitación. Cuando se dirigió a mí, una vez más, recurrió al dialecto, que es una de sus particularidades que emplea o descarta a voluntad:

—Mira, Kitt, si tus cigarrillos desagradan a la anciana, sería mejor no fumar mientras estemos aquí.

Me reí, y dije:

—No seas tonto, Shawn. Ya fumaba antes de irme de aquí. Con la misma razón puedo advertírtelo a ti, aunque esta es probablemente la única casa de Nashiona a cuya dueña le preocupa servir aperitivos, por temor a perder su prestigio. Los cocktails son de lo más común, pero no con tía Lide.

El rostro de Shawn adquirió una expresión que había aprendido a conocer.

—Entonces será la última vez. Por Dios, ¿qué piensa ella que somos para que cambie de esta manera la rutina de su hogar, de su vida y de su mente para nosotros? Tú solo eres su sobrina. Ciertamente.

—No es por mí —le expliqué gravemente—. Es por ti. Ella quiere darte las cosas a las cuales estás acostumbrado.

Shawn emitió un sonido semejante a un resoplido, pero, antes de que pudiese hablar, tía Lide había regresado.

—Están llegando, Kit, y están tan ansiosos de verte a ti y a tu esposo... Todos tus viejos amigos.

¡Mis viejos amigos! «Salva las apariencias» —pensé, mientras me adelanté a saludarlos. Sabía muy bien por qué habían venido. En seis años las amistades se enfrían. Dudaba si alguno de los presentes había venido deseando verme a mí, más bien estaban ansiosos por ver a Shawn y comprobar qué clase de marido Katherine Stanley había

pescado en Nueva York. Bueno, ¡bienvenidos! Podían venir y ver. No me avergonzaba de Shawn.

Estaban todos; las chicas con quienes había ido a la escuela y los muchachos con quienes había bailado y flirteado, y con los que me había distraído en los partidos de football y basketball. Evelyn Weir y Martha Malone, y Charity Bethune, solo que ahora eran Evelyn Robertson y Martha Greene, y Chatty Phillips.

—Me siento confundida —admití entre un torbellino de besos y buenos deseos—. Eve, estás siempre igual y te has casado con Tom Robertson, ¿verdad? Pero jamás hubiera reconocido a Norma ni a Dorothy; ha engordado.

Dorothy Judson se mofó:

—Estoy gorda, Kit, lo sé, no temas herir mis sentimientos. Y tengo mellizos y una nena, y vivo en el campo, a cuatro kilómetros de aquí, donde criamos gallinas, y como lo que quiero y me he olvidado de todo lo que sabía de canto y de controlar la respiración, y no tengo inconveniente en admitirlo. He dejado a un lado definitivamente todas esas necias y atolondradas chiquillerías que las demás aun siguen haciendo. Soy esposa y madre, ¡y me agrada serlo!

«Está bien» —pensé. Pero su tono desafiante restaba convicción a lo que afirmaba. Tal vez pensaba que le agradaba, y ni eso, tal vez solo quería que el resto de nosotras pensase que le agradaba. Desistí. Miré a mi alrededor.

—Martha no ha engordado —dije—, pero tampoco la hubiera reconocido.

Admito que no fue muy ingenioso lo que dije, pero cuando partí de Nashiona, Martha era completamente vulgar, ese tipo de chica que nadie distingue entre la multitud. «Indefinida», hubiera sido la palabra exacta para ella. Cabellos color de paja, ojos indefinidos, cejas demasiado espesas, un rostro semejante a una bolsa.

Bien. Pero la cuestión es que durante los seis años que estuve fuera de Nashiona, todo eso había cambiado. O más bien había sido cambiado. Así como la veía, Martha